

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general prosiguió su viaje la vía de la provincia de Guatemala”

p. 175-180

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

ya renunciado. A fray Alonso Urbano, guardián de Tezcuco, no le queriendo llamar ni escribir guardián, le hicieron tales obras que renunció la guardianía, y ellos la proveyeron en un muy íntimo amigo del provincial, y al Urbano dieron la guardianía de Cholula, por haberla renunciado el que había sido electo en el capítulo. Desta manera andaba la provincia del Santo Evangelio con la nueva entrada en su gobierno del provincial, y no sólo alcanzó parte desta inquietud y trabajo a los frailes de aquella provincia, pero aun también sintieron algo desta tribulación las pobres monjas de Santa Clara, porque a unas parecía bien lo hecho, otras lo lloraban y gemían, y éstas fue una muy aflijida y maltratada por mucho tiempo, lo cual sonó mucho aunque no bien en toda la Nueva España. Pero tiempo es ya de ver si el padre comisario, que estaba descansando en el pueblo de San Miguel, querrá caminar y proseguir su viaje.

[CAPÍTULO XXVIII]

De cómo el padre comisario general prosiguió su viaje la vía de la provincia de Guatemala

Volviendo a contar el viaje que el padre comisario general llevaba, el mesmo lunes treinta y uno de marzo salió a prima noche del pueblo de San Miguel con una luna muy clara, y andada una legua de camino pedregoso (la media última della por una abra o quebrada) muy angosto con sierras muy altas a los lados, y pasados en esta legua dos arroyos, el uno dellos más de diez veces, subió un cerro altísimo muy derecho y empinado, dando muchas vueltas a una banda y a otra, ganando en cada una vuelta muy poca tierra, como hacen las naos cuando por falta de viento favorable andan arando el mar dando bordos y barloventeando a una parte y a otra, en que suelen ganar muy poco y trabajar mucho. De las más largas destas vueltas había en aquella subida veintisiete, todas muy penosas y prolijas, y no poco peligrosas; subida toda la cuesta que tiene otras dos leguas, y no pudiéndose ya valer el padre comisario de sueño, al principio de la bajada se echó a dormir en aquel duro suelo en un pradillo seco donde aun no había yerba para las bestias; durmió allí un poco y no pudiendo descansar por el excesivo calor que hacía, tornó a proseguir su viaje, y bajando por unas barrancas y pedregales, se le puso la luna antes que fuese de día, que no pequeña angustia y desconsuelo causó



porque no se vía el camino, en el cual había muchos y muy malos pasos; al fin, con el favor de Dios, pasado un arroyo o dos acabó de bajar aquella mala cuesta y andado un buen trecho por un llano llegó al salir del sol, martes primero día de abril, a un bonito pueblo de españoles y indios llamado Nexapa, siete leguas de San Miguel, del mismo obispado de Guaxaca, donde hay un convento de dominicos en que moran tres o cuatro religiosos; pasó de largo por ser de mañana, sin entrar en el convento ni detenerse en el pueblo, y pasado allí junto un arroyo, comenzó a subir otra cuesta muy alta, aunque de mejor camino; comenzó a fatigar tanto el sol yendo subiéndola, que fue forzado a detenerse un rato a la sombra de un monte alto por cuya ladera subía el camino, después pasó adelante hasta llegar a una mala fuente y de mal agua cerca de la cumbre de la cuesta donde descansó otro poco, y al fin, acabando de subir la cuesta que tiene dos leguas largas de subida, anduvo otra legua por una quebrada abajo, y allá cerca de medio día llegó muy cansado y lleno de sol a un pueblo pequeño llamado San Juan, visita de Nexapa, de los mismos indios zapotecas y del mismo obispado. Halló allí muy ruin albergue, por lo cual padeció mucha necesidad y calor, detúvose en aquel pueblo hasta la noche que llegaron dos de los compañeros que quedaban atrás con el hato, a los cuales aquella mañana habían hecho el corregidor y españoles de Guaxaca mucha fiesta y gran recibimiento, entendiendo que iba con ellos el padre comisario, de cuya ida tenían ya noticia, pero como pasó tan de mañana por su pueblo sin detenerse, no le vieron y la fiesta que a él habían de hacer hicieron a sus compañeros.

Aquel mismo martes primero de abril a prima noche, salió el padre comisario de aquel pueblo, luego subió y bajó una mala cuesta, después pasó tres arroyos, el primero de ellos cinco veces, y andadas dos leguas de razonable camino con una luna muy clara alrededor de un monte muy alto, llevando por la banda del sur muy profundas barrancas, y otras dos leguas de muy mal camino entre cuevas y barrancas que subían al cielo y bajaban al abismo, llegó a uno que llaman Río Hondo, que aunque a la sazón no llevaba agua ninguna, es grande su hondura; la bajada era mala pero peor era la subida por un paso peligrosísimo que allí hay, por donde fue necesario pasar medio a gatas, con grandísimo tiento y no menos temor, porque en discrepando tantico fuera milagro grande no caer allí abajo, y mayor no despeñarse el que así cayera. Pasado el Río Hondo y aquel mal paso, con la claridad de la luna que aún no se había escondido, y andada una legua de cuevas arriba, llegó el padre comisario a un rancho que habían hecho junto a un arroyo para aposentar en aquel monte v desierto al obispo de Guatemala, cuando volvió del concilio de México;



allí durmió un poco sobre aquel suelo de Dios, luego prosiguió su viaje. y acabó de subir aquellas cuestas, después bajó con grande oscuridad parte dellas, pasando infinitas quebradas y algunos pasos peligrosos por caminos ásperos y muy angostos por las laderas de las sierras, en que se pasan algunos arroyos que entonces llevaban poca agua. Finalmente llegó la luz del miércoles de la semana santa, dos de abril, y salió el sol con cuyos rayos y calor recibió el padre comisario demasiada fatiga, y acabadas de bajar aquellas cuestas pasó por un vado lleno de piedras muy grandes un río malo y peligroso llamado de Tequiztlán, en el cual pocos años antes se había ahogado un fraile nuestro; corre este río en invierno con mucha furia y grande avenida, y en las piedras se desbarató el fraile sobredicho y sin poderle remediar se le llevó el agua y se ahogó como dicho es. Pasado este río, y andadas cinco leguas desde el rancho, llegó al pueblo de Tequiztlán el padre comisario, tan cansado y quebrantado y falto de sueño, que ya no fuera posible pasar adelante; fuese derecho a una casita que tienen allí los padres de Santo Domingo, en que de ordinario residen dos dellos; no había entonces más de uno; oyó su misa que la comenzaba cuando llegó; después éste le dio de comer y le hizo mucha caridad y regalo, que a tal tiempo era bien menester; estimólo en mucho el padre comisario y dióle muchas gracias por ello. Los indios de aquel pueblo hablan una lengua particular que llaman chontal, aunque entre ellos hay muchos zapotecas; todos tenían las casas muy pobres y pequeñas, cubiertas de paja y cercadas de varillas, sin barro ni otro reparo, porque la tierra es muy cálida; cae aquel pueblo en el obispado de Guaxaca.

En Tequiztlán aguardó el padre comisario a fray Juan de Orduña y a fray Pedro de Sandoval, que quedaban atrás con el hato, y viendo que no llegaban y que se hacía tarde, determinó partirse sin ellos, y dejándoles allí recado de lo que habían de hacer, salió de aquel pueblo como a las cuatro de la tarde, llevando por guía un indio que dijo saber bien la tierra y que le llevaría por un atajo; siguióle el padre comisario por unos llanos, e ya puesto el sol, dijo la guía que no iba bien por aquel camino y que le quería llevar por otro, pero la verdad era que él le había perdido y se iba derecho a la mar; advirtiéndole el yerro que había hecho, tuvo tan buen tino que con ser ya de noche, guió por medio de unas sabanas o dehesas, rodeando cuestas y pasado el mismo río de Tequiztlán por otro vado más limpio, al fin llevó al padre comisario en las milpas y casas de un pueblo bueno llamado Xalapa, cuatro leguas de Tequiztlán por el camino derecho, porque por donde el indio había guiado había casi seis; andaba otro indio en aquella hora con la luna, regando su milpa; éste guió al padre comisario y le sacó al camino real, que no pequeño bien le hizo. Puesto allí pasó otra vez el río sobredicho, después otro mayor lla-

mado de Xalapa o de Tehuantepec, que es el mismo que pasa por junto a San Miguel y se llama de las Vueltas (como atrás queda dicho), los cuales se juntan luego allí cerca y de ellos se hace uno muy caudaloso; caminó por su ribera pasando muchas costezuelas y algunos malos pasos, entre muchos y muy altos cerros, con un calor y fuego tan excesivo que las bestias no podían ya menearse y los que en ellas iban se derretían vivos sin poder hallar lugar cómodo en que ellos pudiesen descansar y ellas comer alguna yerba. Quiso Dios que llegaron a un arenal donde descansó y durmió un poco el padre comisario sobre la misma arena y las bestias tomaron algún refresco de yerba que había allí junto; luego tornó a caminar llevando el mismo trabajo y pesadumbre de calor, y antes que fuese de día llegó a un poblecito llamado Mistiquilla de indios zapotecas, del mismo obispado de Guaxaca, visita de dominicos, cinco leguas de Xalapa, donde mientras le buscaron otra guía descansó y durmió un poco sobre un poyo a la puerta de la iglesia, sin aguardar el colchón ni la frazada, porque fuera por demás pedir las en el lugar.

Jueves santo, tres de abril, salió el padre comisario de Mistiquilla aún antes que fuese de día, y pasados unos arroyuelos por puentes de madera y andada como media legua, llegó al amanecer a un gran pueblo de los mismos indios y obispado llamado Tehuantepec, donde residen muchos españoles y hay un convento de Santo Domingo; no entró dentro sino pasó de largo por junto a las mismas casas, y andadas como dos leguas y no pudiendo ya sufrir el sol, sueño y cansancio, se apeó en el mismo camino y a la sombra de unos árboles descansó como tres cuartos de hora. Desde allí envió a fray Francisco Salcedo a un pueblo llamado San Vicente Xuchitlán, visita de Tehuantepec, para que tuviese junta la gente en la iglesia para decirles misa, porque le habían certificado que había en aquel pueblo recabdo para decir la excepto hostias, vino y misal, lo cual llevaba el padre comisario, el cual partió tras Salcedo de allí a un poco, y llegado a un arroyo le cogió un aguacero, pero defendióse del agua algún tanto debajo de unos árboles; al fin, a las once del día o poco antes, llegó muy fatigado al sobredicho pueblo de Xuchitlán, cuatro leguas y media de Tehuantepec, quiso decir misa mas no pudo hacerse porque no hubo ara, que no poco desconsuelo le causó a él y a sus compañeros. A la entrada de aquel pueblo hay un río, el cual entonces no llevaba agua con la gran seca que había habido aquel año; los indios de aquel pueblo son zapotecas y del obispado de Guaxaca, diéronle de comer y hicieronle mucha caridad.

El mismo jueves tres de abril salió el padre comisario de Xuchitlán a las cuatro de la tarde, y sabido que en otro pueblo, once leguas de allí, estaba un fraile dominico, y hacia otro día, que era viernes santo, el



oficio de aquella fiesta, se dio prisa a caminar para poder llegar a tiempo de hallarse en él, y así pasado un río por una puente y un arroyo o dos, llegó, andadas siete leguas, a una estancia que llaman de Toledo; echóse allí en la sabana porque ya no se podía averiguar con el sueño y calor, y después de haber dormido un poco sobre la yerba prosiguió su viaje siendo aún todavía de noche, y pasado otro río y algunos arroyuelos y unas estancias de vacas y de yeguas y andadas otras cuatro leguas, llegó al pueblo sobredicho llamado Izuatlán, donde halló al dominico que ya estaba en los oficios de aquel día; oyólos, y después le dio de comer y le regaló mucho aquel padre y todo fue menester según iba de necesitado. Aquel pueblo y otros muchos que hay en aquella comarca son de indios zoques, que por otro nombre llaman mixes, lengua muy diferente de la zapoteca, caen en el obispado de Guaxaca y doctrinábanlos aquel religioso, el cual era morador del convento de Tehuantepec; son todos gente bien dispuesta y muy devota de religiosos y de las cosas de la iglesia. Aquella noche cayó la bestia en que iba el padre comisario, pero fue Dios servido que saliese della sin mal ni daño ninguno. Hay por allí muchos venados y algunos leones y a la entrada de Izuatlán se pasa por el vado un buen río. Estando comiendo rogó el dominico al padre comisario que dijese la pascua misa en una estancia once leguas de allí, llamada de Gironda, diciendo que había en ella mucha gente y que no diciéndosela él o algunos de sus compañeros, se quedarían sin óirla; quedó que así se haría y lo que cerca desto sucedió adelante se dirá.

Aquel mismo viernes, cuatro de abril, salió a la tarde el padre comisario de aquel pueblo con un sol recísimo y andadas tres leguas y pasado un arroyo pasó de largo por junto a una estancia de un español llamado Andrés López, y andadas otras dos leguas, todas de camino llano, llegó entre las nueve y las diez de la noche a un poblecito llamado Tlapantepec, de los mismos indios zoques y del mismo obispado y visita. Diéronle los indios colación y hicieronle mucha caridad; descansó allí y durmió como tres horas y luego prosiguió su viaje, y pasado al salir del pueblo un río por el vado y después un arroyo y algunas ciénagas y en ellas algunos malos pasos, especial en tiempo de aguas, y andadas tres leguas y media, llegó sábado santo, cinco de abril al amanecer, al río de las Arenas, que a la sazón no llevaba agua ninguna; pasóle por una estancia que estaba de la otra parte, la cual se llama de Amézquita y es la última casa del obispado de Guaxaca y de la jurisdicción de México, y subida una costezuela se detuvo allí y descansó un poco, aguardando a fray Lorenzo Cañizares que se quedaba atrás. Llegado que fue, prosiguió su viaje, y andada media legua larga llegó a una venta que dicen de Gironda, la cual



cae en el obispado y jurisdicción de Guatemala; pasó de largo avisando de camino a unas negras y otra gente que en ella había, que fuesen otro día de mañana a oír misa a la estancia de su amo, y pasado allí junto a la misma venta un arroyo, dejando el camino que va a Chiapa a la mano izquierda, tomó el de la mano derecha que va a la provincia de Xoconusco, y apartándose un poco dél por cumplir la palabra que había dado al dominico, caminó por unos grandes llanos y por unas ciénagas malas para tiempo de aguas, y finalmente, pasado un río y andadas dos largas leguas, llegó a la dicha estancia de Gironda, con un viento norte tan recio que no dejaba andar las bestias según ventaba y ellas iban cansadas. La mujer del Gironda, que era una buena vieja, se angustió de ver tantos frailes (aunque no eran más de cuatro porque los otros dos no habían alcanzado al padre comisario desde que salieron con él desde el pueblo de San Juan junto a Nexapa y los había dejado atrás), y como el padre comisario dijese la causa de su llegada allí y a qué iba, comenzó la vieja a excusarse y decir que el obispo de Guatemala o un vicario suyo le tenía mandado, so pena de excomunión, que no dejase decir allí misa al que no llevase licencia suya; una hija de Gironda decía que en ninguna manera habían de quedar sin misa aquella pascua y que si había en ello alguna culpa o escrúpulo, que el padre comisario las absolvería y ellas lo pagarían y así era muy de ver por una parte su aflicción y por otra su sinceridad; finalmente dieron de comer al padre comisario de lo que tenían, y porque no se quedase tanta gente sin oír misa a lo menos el primer día de pascua, dejó allí a fray Francisco Salcedo que se la dijese y en su compañía a fray Lorenzo Cañizares y que en diciéndola le fuesen a alcanzar a un pueblo tres leguas de allí, donde él la había de decir. Con esta traza y concierto partió el padre comisario con sólo su secretario y un indio que le dieron en la estancia por guía, y pasado un arroyo junto a la misma estancia y un río cerca de otra, y andadas tres leguas de buen camino, llegó ya noche a un poblecito llamado Tliltepec, del obispado de Guatemala y el primero de los de la provincia de Xoconusco, tan nombrada por el mucho cacao que della se saca y lleva a México y a todo aquel reino. Recibiéronle los indios con mucho amor y hiciéronle mucha caridad y regalo; los de aquel pueblo y de casi todos los otros de aquella provincia hablan una lengua que parece mucho a la zoque, aunque tienen algunos vocablos de los de Yucatán. En aquellas tres leguas ventó aquella tarde un norte tan recio y deshecho que parecía querer sacar las bestias del camino y de las sillas a los que iban en ellas, y así fue menester recoger bien los mantos y las faldas de los hábitos e ir muy sobre aviso. Desta provincia de Xoconusco será bien decir aquí dos palabras.